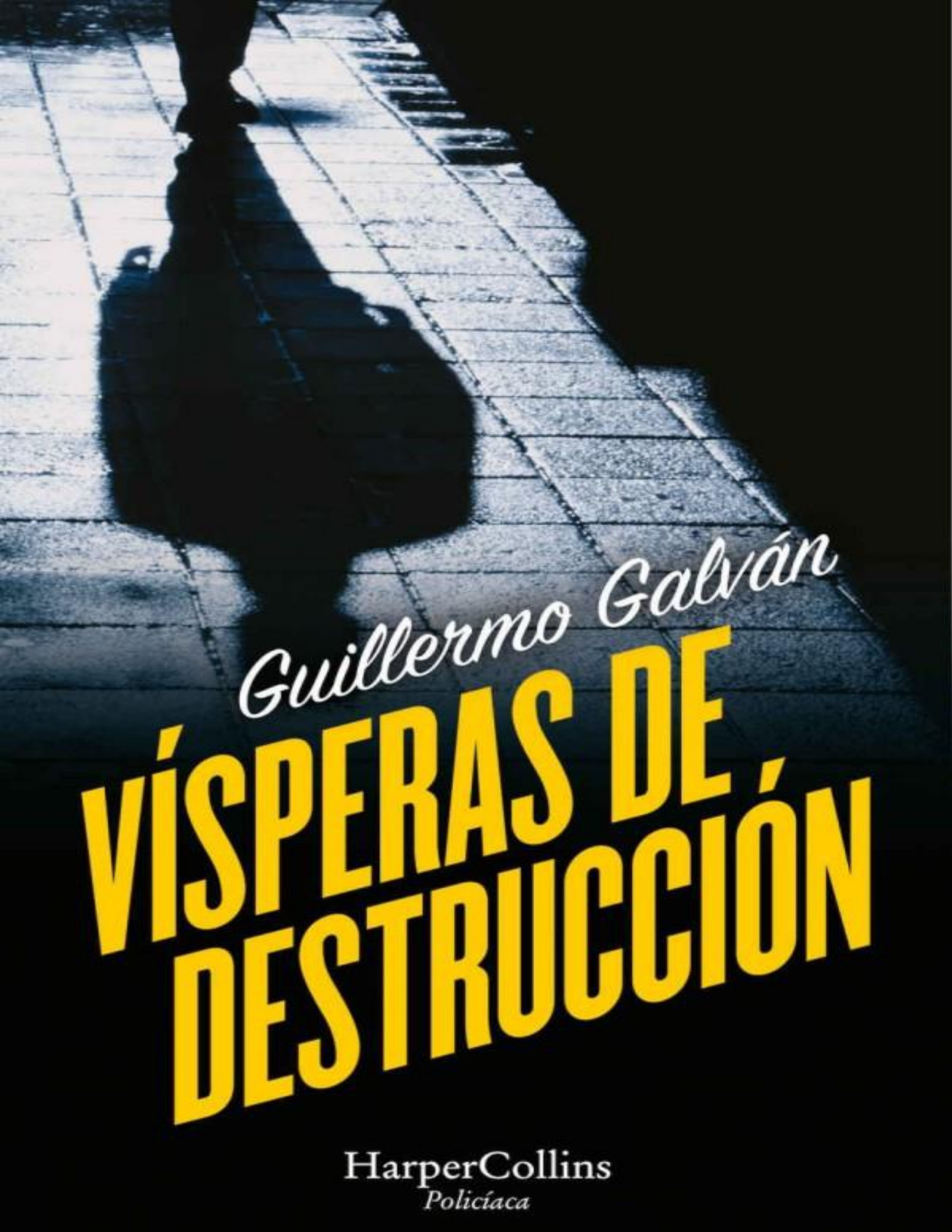


A high-contrast black and white photograph of a person's shadow cast on a cobblestone street. The shadow is long and dark, stretching from the top left towards the center. The cobblestones are arranged in a grid pattern, and the lighting creates strong highlights and deep shadows, emphasizing the texture of the pavement and the silhouette of the person.

Guillermo Galván

VÍSPERAS DE DESTRUCCIÓN

HarperCollins
Policíaca

VÍSPERAS DE DESTRUCCIÓN

Guillermo Galván

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

Vísperas de destrucción

© Guillermo Galván, 2020

© 2020, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Imagen de cubierta: Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9139-580-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Vísperas de destrucción](#)

[Nota del autor](#)

A quienes nos sostienen la esperanza

*Y tú
llevas el rencor
de un fusil.
Porque tú no crees
que los odios son
semilla de destrucción.*

*Días sin mañana,
Los Huracanes*

Lunes, 20 de julio de 1936

El día ha amanecido amable, pero solo es un falso augurio, un miserable engaño. Ayer, los termómetros llegaron a los treinta y tres grados, y es de esperar que hoy esa cifra quede como anecdótica. Al menos, eso sugiere el sol que se filtra por las desgastadas lamas de la persiana del balconcillo, porque apenas son las siete y media y ya amenaza con morder la carne que roza.

Aún en pijama, el inspector Carlos Lombardi toquetea con miedo los mustios geranios. Necesitan agua; en estas fechas al menos dos o tres veces por semana, pero en los últimos siete días ni siquiera ha tenido tiempo para acordarse de ellos. Siente en la nuca la mirada reprobatoria de su madre, un escrutinio que, desde la foto que preside el mueble del comedor, le insta a mimar sus delicadas criaturas vegetales. «Riégame los tiestos, Carlitos, que se nos agostan». Con filial paciencia, el interpelado obedece mientras el puchero del café se decide o no a hervir en el brasero eléctrico de la cocina.

Al verter el vivificante líquido con la regadera, el recuerdo de su madre se materializa como po arte de magia. Todavía le sucede a veces, cinco años y pico después de su muerte. Pequeños gestos repetitivos que devuelven al presente situaciones marcadas a fuego en la memoria. El simple hecho de exprimir una naranja , por ejemplo. En sus últimas semanas de vida, ella apenas comía mientras era devorada silenciosamente por la enfermedad. Solo aceptaba sin protesta el zumo de naranja, y él prensó docenas de ellas durante el corto tiempo que tardó en apagarse . Cada vez que lo hace desde entonces, ese mecánico ejercicio de muñeca sobre el exprimidor le lleva a suponer que ella sigue allí, tendida en la cama, a la espera de su triste bálsamo de Fierabrás. Son décimas de segundo , por supuesto, pero en ese tiempo irreal en que el pensamiento resbala libre por su mente, la presencia materna se hace casi tangible, y el hecho de beberse después el jugo obtenido de su movimiento giratorio tiene para él cierto sabor a hurto, a injustificado expolio. El amargo sabor de las ausencias.

Tanto tiempo ya sin ella, y las paredes gimotean de vez en cuando de soledad para atronarle los oídos. Bueno, no es del todo cierto. Solo, lo que se dice solo, lleva un año y medio, desde que Begoña y él decidieron divorciarse antes de cumplir los dos de convivencia. Nunca ha querido ver aquel episodio como una medalla al fracaso. Le dolió, naturalmente que duele una ruptura como esa, pero son ese tipo de heridas que cicatrizan sin robarte el sueño durante mucho tiempo, seísmos que ves venir y no te pillan desprevenido porque puedes apartarte a tiempo y evitar que te aplasten. Por lo que se refiere a Begoña, prefiere quedarse con los momentos gratos. Por ejemplo, con el día que la conoció en una playa vizcaína y las fechas posteriores que los unieron. Y con aquella semana de luna de miel en Palma, o con la graciosa cara que la joven esposa puso para reprimir su espanto al descubrir el modesto pisito en los límites de Lavapiés que, merced al santísimo sacramento del matrimonio, le había correspondido como domicilio de ahí en adelante. Hasta Puck , su inseparable chucho faldero, soltó un gruñido de disgusto nada más pisar el

recibidor.

Poco podía hacer él en ese sentido, se dice bajo el vivificante chorro de la ducha . El sueldo de un inspector de segunda de los Cuerpos de Investigación y Vigilancia no daba para mucho más. Y , al fin y al cabo, lo que había entre esas cuatro paredes, por humilde que fuese, era de su propiedad . A nadie debía dinero, y eso, en los tiempos que corren, ya es una bendición. Pero Begoña estaba acostumbrada a otra cosa; criada entre el lujo de una familia burguesa bilbaína, un cocinero y un par de sirvientas le parecían elemento imprescindible en cualquier hogar que se precie. Lo que no se asemejara a eso, era para ella paisaje desértico . Aunque ya lo sabía cuando se encaprichó de él, y parecía dispuesta a hacer realidad el refrán de que el amor es ciego y medio sordo en cualquier hábitat. Como sabía que su profesión de policía se parece muy poco a la de armador, notario o financiero, tan frecuentes en su vasta familia y que, como miembro de la Criminal , tenía la obligación de estar siempre localizable y sin horario fijo de salida.

Ambos hicieron concesiones. Pero la cosa no funcionó.

Se frota enérgicamente la espalda con la toalla mientras intenta olvidar reproches. Reproches leves, es cierto, porque la sangre no llegó al río en su particular batalla de egos lastimados. A veces, ha tenido la tentación de telefonar a casa de sus padres para saber cómo le va la vida, pero es demasiado pronto y su interés podría interpretarse como una llamada de socorro. Detesta los equívocos y la larga ristra de explicaciones que son necesarias para deshacerlos.

El borboteo en la cocina anuncia que el café se dispone a escapar del puchero, y el policía, con la toalla atada a la cintura, corre a apagar el fuego. Previo paso por el colador, se sirve un tazón casi hasta el borde y desmiga un cuscurro de pan sobre la humeante laguna negra. La cuchara revuelve con parsimonia la mezcla en tanto él, como quien despide a un barco, deja que se aleje e recuerdo de las dos últimas mujeres con las que compartió piso.

En fin, la vida es un viaje sin billete de vuelta, le da por filosofar mientras se acerca a los labios la primera cucharada, aún abrasadora. Y si no, que se lo digan a las víctimas de los dos asesinatos que han traído de cabeza a la Brigada Criminal durante la última semana.

El domingo anterior, al atardecer, había sido tiroteado el teniente de la Guardia de Asalto José Castillo. Tiroteado, y muerto, porque cuando un coche lo depositó en el centro asistencial más cercano , ya era cadáver. Un impacto en el brazo y otro junto al corazón. Otra de las balas de la pistola ametralladora que, al parecer, utilizaba el asesino había herido también a un jovencito que circunstancialmente pasaba por allí.

Cuando Lombardi , avisado de urgencia, se plantó en el Equipo Quirúrgico de la calle de la Ternera solo pudo interrogar a un testigo, mientras el cuerpo del teniente era trasladado a la Dirección General de Seguridad, donde se instalaría su capilla ardiente . El declarante, que había acompañado a la víctima hasta el centro de urgencias, tenía un brazo en cabestrillo y era un manojito de nervios. Todo había sucedido muy deprisa, como suele pasar en estos casos. El oficial cruzaba la calle a pocos pasos de él y, tras recibir los disparos , tambaleante, había ido a parar a sus brazos, arrastrándolo en su caída y provocándole una lesión en el codo al impactar contra el borde de la acera.

El pobre tipo todavía tiritaba de miedo y había que arrancarle las palabras con sacacorchos. Tres, cuatro, quizá cinco hombres en una calle casi solitaria, una voz, los disparos y un coche que sale pitando. Poco más que eso era capaz de recordar , porque, para colmo de males, durante los segundos que duró el incidente perdió las gafas y el mundo se le volvió neblina.

Con ayuda de un vecino consiguieron meter al herido en un coche y trasladarlo; un vecino que no había visto absolutamente nada porque bajó a la calle alarmado por las descargas. Tampoco el joven, que en esos momentos estaba siendo intervenido, pudo explicar después lo sucedido a sus espaldas, salvo el sonido de los tiros y el picotazo repentino en un muslo que le hizo retirar toda atención de la realidad circundante para centrarse en la sangre que, sin comerlo ni beberlo, empezaba a empaparle el pantalón. Luego sí, luego la calle se llenó de curiosos que le prestaron ayuda hasta la llegada de una ambulancia, pero en el momento del atentado casi nadie pasaba por allí.

Tras las primeras declaraciones, Lombardi quiso revisar el escenario del crimen. En la esquina de las calles Augusto Figueroa, donde vivía la víctima, y Fuencarral se alza una pequeña capilla llamada el Humilladero de La Soledad. Allí delante cayó José Castillo. Los del grupo de identificación habían trabajado deprisa y nadie podría sospechar lo sucedido tres horas antes, salvo por los impactos de bala en el ladrillo visto del oratorio, apenas perceptibles en ese momento bajo el pobre fulgor amarillo del alumbrado público. Tanto proyectiles como casquillos habían sido meticulosamente recogidos por los compañeros. Aparte de eso, tan solo quedaban unos montoncitos de fina arena que ocultaban las manchas de sangre en calzada y acera, y unos quince metros más allá, donde el joven paseante recibió el picotazo de una bala perdida que le había amenazado la femoral, se veía otra alfombra de similares características.

Aquello le pareció un *déja vu*. Algo ya vivido un par de meses atrás. A primeros de mayo, el capitán de ingenieros Carlos Faraudo paseaba con su esposa cuando fue tiroteado de manera parecida. Solo recibió un disparo —testigos aseguraban que al pistolero se le encasquilló el arma—; un disparo que le alcanzó en una zona no mortal de necesidad, aunque la munición empleada hizo el resto. Las puñeteras *dum-dum* no perdonan; la bala explosiva le destrozó el abdomen y el oficial se quedó en la mesa de operaciones.

Sí, un *déja vu*, aunque con matices. El atentado contra Faraudo se cometió también en plena calle, a horas parecidas y con idéntica liturgia. Sin embargo, en aquella ocasión abundaron los testigos, ojos perspicaces que observaron detalles de los autores y, muy especialmente, la matrícula del automóvil en que huyeron. Tras días de concienzuda investigación, Lombardi y sus compañeros localizaron el vehículo, detuvieron a sus propietarios y a su círculo más próximo, y pusieron a todos a disposición del juez. Un trabajo que a él le había valido el ascenso a inspector de primera, amén de la correspondiente felicitación pública. Era un asunto todavía abierto, sin embargo, porque el verdadero autor de los disparos aún estaba libre y el fiscal acababa de elevar sus conclusiones provisionales contra dos de los presuntos cómplices.

Este caso se presentaba muy distinto. No tanto en su ejecución, casi calcada a la del capitán Faraudo, probablemente tampoco en su autoría, pero ahora no tenían nada a lo que agarrarse. Nada, ni un rostro, ni una matrícula. Solo una voz —«¡Ese es, ese es: tírale!»—, una voz que podría pertenecer a cualquier chivato con ganas de matar.

Por las diligencias posteriores al entierro del teniente, Lombardi supo que Castillo llevaba casado un par de meses. La mujer, ahora embarazada, recibía anónimos desde tiempo atrás, cuando aún era simplemente una novia más; macabras advertencias que la describían como joven viuda antes de la boda. Llamadas telefónicas y escritos a mano con pulso deliberadamente deformado o con letras de periódico recortadas y pegadas en el papel. Los análisis dactiloscópicos no revelaron la menor pista. Amenazas al teniente Castillo en el buzón y en el oído de su novia. Como las recibía él mismo. Sus compañeros, al parecer, le habían recomendado usar escolta, pero él la rechazaba sistemáticamente.

Castillo, además de militante socialista, era hombre de costumbres. Solía ir andando hasta su destino, el cuartel de la Guardia de Asalto en la plaza de Pontejos , tras el edificio del ministerio de la Gobernación. Veinte minutos a paso alegre que aquel domingo, tras disfrutar la tarde celebrando el cumpleaños de su suegro, se convirtieron en viacrucis y calvario juntos en un par de segundos. Nadie piensa en que el destino le reserve a uno una muerte parecida, hasta que llega el momento y ya es demasiado tarde para esquivar el filo de la guadaña.

Durante los días siguientes, los testigos fueron convocados a la Brigada Criminal para enfrentarse a una colección de fotografías. Testigos y víctimas : uno con férula en el brazo, otro afortunadamente sano, aquel vecino que había ayudado al traslado del teniente hasta el centro de urgencias, y un tercero en silla de ruedas cuando los médicos permitieron su traslado desde el hospital. Los tres se las vieron con más de un centenar de fotos, correspondientes a falangistas y carlistas fichados por antecedentes o sospechosos de talante violento. Porque todo indicaba que de ese círculo había salido el certificado de defunción de Castillo, un hombre marcado por la extrema derecha desde su intervención en una trifulca callejera seguida de tiroteo en la que había muerto un pariente cercano de José Antonio Primo de Rivera .

Las sospechas sobre Falange no eran ni mucho menos arbitrarias . De todos era conocido el gusto por las armas de este partido y su afición a usarlas, devoción ilegal que había llevado a la cárcel a buena parte de su Junta Política, incluido su líder, tras el asesinato de un magistrado del Tribunal Supremo. Este caso, como el del capitán Faraudo, solo era uno de los muchos expedientes que implicaban a Falange y obligaban a hacer horas extra en la Brigada Criminal.

Más allá de proclamas ideológicas, de la acerada defensa del fascismo enunciada por vez primera en la revista *La conquista del Estado* de Ramiro Ledesma, Falange Española de las JONS era decididamente una organización paramilitar que los monárquicos anhelaban convertir en su brazo armado, en su fuerza de choque callejera contra la República. En cuanto a los carlistas , era mucho menos visibles en la capital, pero cualquiera que disponga de un automóvil puede presentarse en la ciudad, vaciar un cargador y volver a su madriguera, dondequiera que se halle.

Para los testigos, sin embargo, ni falangistas ni carlistas . Fueron incapaces de señalar una sola foto. Tampoco ayudó el informe balístico, aparte de informar de que el arma homicida probablemente era una automática de fabricación nacional sin registro en los archivos policiales y, por lo tanto, de difícil localización . De modo que el trabajo de Lombardi y sus compañeros de la Criminal durante los últimos días había consistido en patearse domicilios en busca de sospechosos, interrogar y comprobar coartadas . Trabajo infructuoso, de momento.

Una semana ya persiguiendo sombras, se dice al tiempo que recoge la cocina y rememora los detalles del segundo crimen. Sucedió pocas horas después del atentado contra José Castillo, cuando un grupo formado por guardias de asalto y algún civil detuvo ilegalmente en su casa al diputado José Calvo Sotelo, cabeza visible del partido monárquico Renovación Española, y ministro durante la dictadura del general Primo de Rivera. Calvo Sotelo venía representando un puente entre la CEDA , principal fuerza parlamentaria de la derecha, y los movimientos extremistas antirrepublicanos. Un hombre muy vinculado también a la Unión Militar Española, organización creada un par de años antes por jefes y oficiales con aspiraciones golpistas.

El caso es que el secuestro se zanjó con asesinato, y el cadáver del diputado fue entregado de madrugada a los vigilantes nocturnos del cementerio del Este por sus propios ejecutores, con el argumento de que se trataba de un sereno al que habían encontrado muerto en la calle.

Lombardi no había intervenido en la investigación —bastante tenía con la enredada madeja de Castillo—, pero estuvo al tanto de la misma con puntualidad; como lo estuvo la ciudadanía en general porque los diarios informaron profusamente de cada detalle del asunto desde horas después de producirse . Un feo asunto, todo sea dicho, que la Criminal estaba resolviendo casi sin moverse del despacho, porque, lejos del anonimato típico de asesinatos precedentes, el de Calvo Sotelo se había producido a cara descubierta, en presencia de testigos y con documentación por delante.

Una camioneta de la Guardia de Asalto del cuartel de Pontejos se había presentado hacia la una y pico de la noche en el domicilio del diputado . En ella viajaba un grupo de seis o siete hombres dirigidos por un capitán de la Guardia Civil que se identificó ante la pareja de vigilantes que custodiaban el portal de la finca. La misma credencial sirvió para que el detenido cediera, no sin reticencias, a la petición de acompañarlos a la Dirección General de Seguridad para proceder a un interrogatorio. Una vez en el vehículo, y tras recorrer varias manzanas, alguien descerrajó un tiro en la nuca del secuestrado , y la camioneta se dirigió al cementerio, donde entregó su cuerpo sin vida.

Raras investigaciones se presentan con semejante profusión de pistas, y en un par de días estaban detenidos la mayoría de los participantes en la criminal aventura, amén de un numeroso grupo de guardias del acuartelamiento implicado, a la espera de determinar su posible complicidad en la trama . Algunos ya dormían en la cárcel Modelo por decisión judicial .

No hacía falta ser muy avisado para darse cuenta, ya a primera vista, de que el asesinato de Calvo Sotelo era una venganza por el atentado contra Castillo, fraguado durante las horas siguientes a su muerte en las dependencias del cuartel de Pontejos o en la misma capilla ardiente del oficial. Por las declaraciones posteriores de los conjurados se supo que salieron dispuestos a tomarse la justicia por su mano en la persona de un alto representante de la derecha . Visitaron primero el domicilio de Antonio Goicoechea, compañero de Calvo Sotelo en Renovación Española, y después el de José María Gil Robles, cabeza de la CEDA; pero ninguno de ellos estaba en casa. Un ejemplo más de cómo el azar puede retorcer la Historia o, al menos, ciertas historias individuales . Calvo Sotelo había muerto por descarte. Era una venganza, no tanto personal como conceptual, avivada por la reciente sangre de un compañero; una despiadada respuesta contra aquellos que encendían a diario la mecha de las minas colocadas bajo los cimientos de la República. Un dramático ojo por ojo a cargo de funcionarios de seguridad que colocaba al gobierno, al mismísimo Estado, en una posición más que incómoda. El tiro que el diputado había recibido en la nuca era, en realidad , un tiro en el pie del republicanismo más sincero; ese que desde los medios de comunicación había condenado sin paliativos el asesinato y clamaba para que el peso de la justicia cayera sobre los culpables. Con el mismo grado de indignación que inspiraba la muerte de Castillo.

Bueno, no del todo. Esa igualdad ante el crimen brillaba por su ausencia en algunos casos. El monárquico *ABC* había dedicado veinte páginas seguidas a la noticia sobre Calvo Sotelo, mientras que la del teniente de la Guardia de Asalto solo merecía un pequeño suelto escondido en la página veintisiete. Para algunos, hay muertos de primera y de tercera, como los asientos de los trenes.

Y es que España ha vivido instalada en el sectarismo desde que cayó la monarquía, se dice a sí mismo Lombardi frente al espejo, mientras ensaya el nudo de la corbata. Por una parte, aquellos que exigen mayor celeridad en las reformas impulsadas por la República. Enfrente, quienes trabajan en la sombra para regresar al viejo régimen; aunque en la sombra, a decir verdad, solo estuvieron hasta perder el miedo y hacer visibles sus ocultas intenciones. Pirómanos, en definitiva

que se postulan como bomberos imprescindibles ante su propio incendio. Y para colmo de males, como si los acontecimientos quisieran corroborar sus elucubraciones y cerrar una semana que bien podría calificarse de trágica, la maldita asonada de Marruecos.

El teléfono le saca abruptamente de sus cavilaciones. Cuatro timbrazos después, descuelga con la curiosidad que merece una llamada a tan temprana hora.

—Dígame.

—Todavía te pillo en casa.

La voz de Balbino Ulloa, su inspector jefe y amigo, deja traslucir sorpresa por el hecho de escucharle al otro lado de la línea.

—Porque aún son las ocho y diez — replica él tras un vistazo rápido al reloj de pulsera—. Iba a salir para allá ahora mismo.

—Ahórrate el paseo. Te mando un coche.

—¿Y esa deferencia?

—Quiero que le echés un vistazo a un cadáver.

Lombardi se toma unos segundos para responder.

—¿Otro? —masculla—. ¿A quién han matado ahora ?

—No lo sabemos, pero no parece que sea una personalidad . Los de Asalto se han encargado del perímetro de seguridad y los de identificación se presentarán cuando consigan reunir a todo el equipo. A ver si llegamos antes que el juez.

—No creo que sea difícil —ironiza él—. Sus señorías suelen tomárselo con calma si es un cualquiera.

—Eso espero . Aguanta ahí, que Gálvez te recoge en el portal.

—¿Gálvez ?

Carmelo Gálvez es un chaval de veintidós años. Agente de tercera, como corresponde a un recién salido de la Escuela de Policía y sin experiencia previa en comisaría, en el pateo de calles y el trato directo con la gente . A saber qué influencias le han colocado en los procelosos despachos de la calle Víctor Hugo. Más que policía, parece uno de esos universitarios intelectuales que se mueven en tertulias y mítines políticos, y no solo por las gafas de pasta negra que enmarcan su cara de crío, sino por los sesudos comentarios que se gasta de vez en cuando . En los escasos tres meses que lleva en la Criminal se ha leído todos los ejemplares de la revista *Policía Española* , que se publica desde finales del siglo pasado. Y no es malo que lea y se entere de los pormenores del mundo profesional que ha elegido, lo malo es que lo hace con valoraciones en voz alta y preguntas al aire que sacan de sus casillas a quienes le rodean enfrascados en mecanografiar expedientes o hacer gestiones telefónicas. «¡Cagüen tus muertos, Gálvez, piensa calladito!», se ha convertido en una maldición habitual cada vez que algún compañero pierde el hilo de su conversación o se ve obligado a tachar el texto que tan limpio y presentable le estaba quedando. Justo es decir que, al margen de su inoportunidad al expresarlas , tanto sus valoraciones como sus preguntas suelen ser inteligentes.

—Pues sí, Gálvez. No tengo más gente disponible en este momento . Y conviene que salga del papeleo y se vaya baqueteando en el mundo real. Deja que el chico se gane sus espuelas.

La referencia shakespeariana arranca una sonrisa al inspector .

—Tú mandas, Balbino —asume—; espero que no se caiga del caballo. Y lo otro, ¿cómo va?

—¿Qué otro?

—Coño, qué va a ser. Lo de los generales.

—¿Es que no oyes la radio?

—Para oír la radio ando. Desde que salí de la Brigada con Ibáñez ayer por la mañana no he parado. Primero estuvimos en el barrio de Salamanca , luego por Chamberí y después en Ventas. Todo el puñetero domingo buscando inútilmente pistas sobre el caso Cortés. Volví a casa a las tantas y me metí directamente en la piltra, sin cenar. Solo pude leer el periódico a hipos , entre viaje y viaje.

—Pues sin novedades. Por lo menos , esa es la versión oficial.

—No piensa lo mismo la gente. Ayer estaba Madrid más que revuelto. Los milicianos llenaban las calles embravecidos. Y muchos iban armados.

—Ya. El gobierno ha cedido por fin a la presión socialista y ha decidido armar al pueblo. En todo caso, se trata de armas cortas, porque la mayoría de los fusiles en reserva están desmontados. Los cincuenta mil cerrojos necesarios están en el Cuartel de la Montaña, y allí la cosa está controlada . Parece que el general Fanjul está dentro desde ayer y ahora andan negociando con él.

—¿Fanjul? —salta él alarmado—. ¿Y qué pinta ahí? No es buen síntoma que un general cesado y sin mando de tropa se apunte a esta ceremonia de la confusión. Ese está con los de Marruecos , te lo digo yo. Y querrá soliviantar a los acuartelados .

—He mandado a Torres y a Barinaga para que echen un vistazo por allí y me tengan al tanto. Por lo visto, los de Asalto y la Guardia Civil han rodeado el recinto. También hay artillería, para acojonar un poco a los sitiados.

—Fanjul no se ha encerrado para jugar al mus, precisamente, y no creo que afloje así como así.

—En todo caso —apunta el inspector jefe con cierta displicencia—, si intenta algo seguirá los pasos de Goded en Barcelona. Se ha rendido y ahora le toca reflexionar sobre su traición en las celdas de Montjuich.

—¿También Barcelona? Joder , pues muy optimista te veo, Balbino. Ayer se hablaba de la destitución de cuatro generales, y Goded no estaba entre ellos. Parece que no son pocos los subversivos.

—Me preocupa más la gente armada suelta por la calle que cuatro militares descerebrados, mir lo que te digo.

—Coincidimos en lo de las milicias —objeta Lombardi—; no en lo de los generales.

—Dentro de poco esto va a ser como el Far West, óyeme bien, un sindiós, y me temo que nos esperan días complicados en la Brigada. Pero lo de los golpistas no creo que vaya a mayores. Acuérdate de Sanjurjo en el treinta y dos, que tuvo que salir por patas.

—A mí me huele que esto es más serio que la sanjurjada.

—A juzgar por los nervios que recorren los despachos ministeriales, puedes tener razón —admite aquel con un carraspeo dubitativo—; aunque yo prefiero ser más optimista.

—Ya leí que han nombrado a Martínez Barrio jefe de gobierno . Confiemos en su capacidad para devolver las aguas a su cauce.

Balbino Ulloa suelta una carcajada que obliga a su interlocutor a apartar el oído del auricular.

—Pues sí que estás tú a la última —apunta entre risas—. Eso fue de madrugada, hombre. Por la tarde ya teníamos otro presidente . Al sevillano le ha sustituido José Giral, el que era ministro de Marina.

Un hombre de Azaña, reflexiona Lombardi mientras su jefe prosigue su salmodia sobre la composición del Ejecutivo .

—Por cierto —dice este de repente—, que también tenemos nuevo ministro de la Gobernación.

Han nombrado al general Pozas, el de la Guardia Civil.

Otro *botas* , murmura para sí el inspector; si es que no falla. Porque, por lo general , casi siempre hay un *botas* —tal y como se llama despectivamente a los militares impuestos en el Cuerpo—, sentado en ese sillón.

—Ha instalado un micrófono de Unión Radio en su despacho de la Puerta del Sol y, de tiempo en tiempo, da cuenta de la situación. La verdad es que es una buena idea, si contribuye a calmar los ánimos.

—¿Y de director general?

—Augusto Barcia. Un asturiano.

—Sí , ya sé quién es.

Al menos es civil, se consuela . Llama la atención que quien fuera hace un par de meses presidente del Consejo de ministros acepte un cargo tan por debajo de su currículum; aunque su sillón había sido tan provisional que solo duró tres o cuatro días, el tiempo imprescindible para sustituir a Manuel Azaña, que había sido elegido presidente de la República. Barcia nada tiene que ver con la policía, aunque su profesión de abogado le acerca un poco al mundillo del delito.

—Bueno, dejémonos de cháchara —zanja el inspector jefe—, que tengo que hablar con Gálvez y ponerle al tanto. En diez minutos sale.

Ulloa cuelga sin más explicaciones. Lombardi aún tarda unos segundos en hacer lo propio, rumiando la avalancha de información recibida. Una avalancha que no le gusta nada. Madrid puede convertirse de un momento a otro en un auténtico berenjenal, con un gobierno copado en dos frentes: las milicias armadas y los generales golpistas. Y la Brigada Criminal como muñeco de pimplum. De forma mecánica, mientras devuelve el teléfono a su altar de baquelita, saca un paquete de Ideales del bolsillo de la americana y prende un cigarro antes de buscar la calle .

Cruje la madera de los escalones al rítmico paso de un Lombardi pensativo. A medio camino entre su domicilio del primer piso y el portal, antes de llegar al descansillo , se encuentra a Irene, que sube las escaleras enganchada a la barandilla y con la bolsa de la compra colgada del otro brazo. Irene es una espigada muchachita, la mayor de los tres hijos del matrimonio que forman el ferroviario Abelardo y Ramona, sus vecinos del segundo. Desde su divorcio de Begoña, la mujer le adecenta el piso un par de veces por semana, a cambio de una pequeña propina que ayuda a una economía familiar nada boyante.

—Buenos días , Irene —saluda él en tono amigable—. Sí que madrugas para hacer la compra.

—Buenos días, don Carlos —responde ella, con un repentino rubor de mejillas y hurtando la mirada—. De momento, solo la leche y el pan.

El policía se aparta un poco para cederle el paso en el estrecho pasillo. Ella hace lo propio, porque en casa le han enseñado el obligado respeto a los mayores, y mayor es un hombre de treinta y cinco años para una cría de dieciséis o diecisiete.

—Las señoritas primero —invita él, ofreciendo una sonrisa amable y exagerando el tratamiento, porque Irene todavía es una cría. En dos o tres años se convertirá en mujer, en una guapa mujer, porque ya apunta maneras ; pero ahora mismo rezuma adolescencia.

Ella le devuelve la sonrisa , aunque sus ojos apenas se atreven a rozarle.

—Gracias —acepta , y acelera escaleras arriba como si la persiguiera el diablo , cuando lo único que amenaza su espalda es la mirada divertida y complaciente de su vecino—. Y que tenga un buen día.

—Igualmente —responde él—. Aunque me temo que no va a ser precisamente bueno —añade, en un susurro que solo escucha el cuello de su camisa.

Al pisar la calle, con una habilidosa toba, lanza la colilla sobre la calzada, a un par de metros de un Fiat color castaña. Su propietario, que da los últimos retoques al parabrisas con un trapo, se gira al verle y le dedica un breve saludo con la mano sin interrumpir la faena.

Don Hermengildo es el único vecino motorizado, además de oficial de notaría, si es que no se ha jubilado ya, porque excede largamente los sesenta. Él y su señora viven desde hace más de diez años en el tercer y último piso de la finca. Como realquilados, en compañía de una fiel asistenta aún más vieja que ellos; tanto, que ni siquiera baja a la calle por no tener que subir a patar los seis tramos de escalera.

Lombardi se acerca al coche, donde se acomodan la señora y la criada. Hay dos maletas atadas en la baca, y alguna más en el asiento trasero, compartiendo espacio con la vetusta chacha. El policía saluda con un cabeceo a las ocupantes y con una pregunta a quien pronto se sentará en el asiento vacío del conductor.

—¿De vacaciones?

—Pues sí, don Carlos —admite el viejo con un resoplido sudoroso, guardando el trapo en un bolsillo de la americana—. Mi hija está a punto de dar a luz, y queremos estar presentes en tan especiales momentos, así que pasaremos con ella lo que queda de verano.

Es la primera vez que oye hablar de la tal hija. Sí sabe que el matrimonio tiene dos hijos varones; uno de ellos, militar en Salamanca, y el otro, concejal de la CEDA en alguna localidad zamorana de donde provienen sus raíces familiares. Pero ni noticias sobre una hija.

—¿El primer nieto? —se interesa, obviando sus dudas.

—No, ya tenemos tres, pero de mis hijos. Ella es primeriza.

—Pues que venga con salud y un pan bajo el brazo.

—Dios le oiga, don Carlos. Y usted, ¿no veranea este año?

—A ver si para agosto consigo unos días de permiso.

—Hay que descansar, señor mío —aconseja, indulgente—, que su oficio es muy sacrificado. ¡Ea, que ya vamos con retraso y nos va a pillar la calorina, que hoy va ser de aúpa! —exclama de repente ofreciéndole la mano—. Choque esos cinco, y a cuidarse.

—Lo mismo digo. A cuidarse, y hasta la vuelta. Que tengan buen viaje.

Don Hermengildo ocupa su sitio ante el volante, se cala un sombrero a juego con el color de su coche y, tras varios intentos fallidos, arranca por fin para perderse tras la esquina con la calle Atocha.

—El miedo es libre —murmura para sí el policía con gesto pesaroso, antes de encender un nuevo Ideales.

Tiene tiempo de sobra para acabar su segundo cigarro del día y pasear, acera arriba, acera abajo sin que aparezca el coche prometido por Ulloa.

La de Cañizares es una calle estrecha en los límites del barrio de Lavapiés, un barrio de estructura urbana humilde poblado por gentes no menos humildes cuya mayor aspiración es poder llegar a fin de mes con un honrado puesto de trabajo y sin la despensa vacía. Votantes en general de partidos de izquierda y encuadrados en los sindicatos de clase que dicen defender sus intereses. Aunque de todo hay, y el caso de don Hermengildo no es ni mucho menos excepcional. Él vive allí desde muy niño, desde que cruzó el Atlántico con su madre dejando atrás Buenos Aires, su ciudad natal. Un divorcio, aquel más antiguo que el suyo, que le convirtió en un madrileño más; y nunca, ni como ser humano ni como policía, se ha sentido incómodo en un

entorno que, por supuesto, no es en absoluto ajeno a la delincuencia.

Por fin, el Ford negro de la Brigada asoma por la esquina, y él se lanza en su busca por el centro de la calzada, hasta detenerlo con un enérgico gesto de guardia urbano .

—Buenos días, señor Lombardi.

—Buenos días, Gálvez, bienvenido al mundo real —responde él, acomodándose en el asiento del copiloto, donde hay un ejemplar de la *Hoja del Lunes* . Editado por la Asociación de la Prensa es el único periódico disponible en el primer día de la semana, al menos hasta que los vespertinos lleguen a los quioscos. El de hoy lanza a toda página un grito de fervor republicano, al tiempo que asegura que el gobierno y el pueblo, en lucha heroica, han derrotado la criminal subversión contra el Régimen .

Otros titulares de portada confirman la rendición del general Goded en Barcelona, que la escuadra y la aviación bombardean Ceuta y Melilla y conminan a la rendición a los rebeldes de Cádiz, y que es inminente la llegada a Sevilla de cinco mil mineros procedentes de Linares.

Embebido en las noticias, tarda en darse cuenta de que siguen parados en medio de la calle.

—¿Y qué, Gálvez, me acerco a por unos cafelitos a ese bar de enfrente? —pregunta a su compañero, que le responde con una mueca de perplejidad —. Lo digo por si piensas pasarte aquí la mañana. ¡Písale , coño!

El agente de tercera obedece, aunque tan azorado que le cuesta meter la marcha. Cuando consigue arrancar el vehículo , Lombardi vuelve a enfrascarse en las páginas. Junto a varias notas sobre el nuevo gobierno, se informa profusamente sobre la situación en Andalucía, al parecer principal foco subversivo peninsular. El gobernador civil de Cádiz está sitiado por los insurgentes, mientras Queipo de Llano ha sido bloqueado en Sevilla por las fuerzas republicanas y un tabor de tropas marroquíes desembarcado en Algeciras ha sido neutralizado. Adhesiones a la República, proclamas de partidos y sindicatos para evitar manifestaciones completan el contenido del semanario, que incluye una llamada al pueblo de Madrid para que mantenga la calma, y que, de ser necesario, ayude a la Guardia Civil y a la de Asalto, cuyos efectivos controlan los puntos estratégicos de la capital.

Gálvez ha frenado para respetar el rojo de un semáforo al final de la plaza del Progreso. Lombardi echa un vistazo al exterior para ubicarse.

—Toma la segunda a la derecha —dice al novato—. Duque de Rivas, me parece que es.

—No es por ahí —replica el conductor, un tanto desconcertado.

—Seguro que te sabes el camino, pero sigue hacia la plaza Mayor, y luego por Callao hasta la Gran Vía.

—El señor Ulloa me dijo...

El inspector se imagina la escena . Balbino Ulloa, con aire pedagógico, aclarando pacientemente los pormenores del caso a un nervioso Gálvez dispuesto a ganarse sus espuelas . Dos pares de gafas enfrentadas y, tras ellas, los explicativos ojos azules del inspector jefe frente a los negros zainos del aprendiz. Todo un gesto de generosidad para Ulloa ante la ausencia de cargos intermedios que le liberen de semejante obligación. Y, por si fuera poco, poniendo en manos de un bisoño los preciados, por escasos, vehículos de la Criminal . Quizá no sucedió exactamente así, pero la imaginación es libre .

—Ya sé que el inspector jefe te dijo lo que te dijo —apunta, cortando la objeción de raíz—. Pero, ahora , él no está aquí, y yo soy su representante en el coche. Como Dios y el papa, ¿entiendes?

—Claro.

—Y si el papa dice que vamos por la Gran Vía ... ¿No te parece?
—Por supuesto —asume el joven, turbado—. La segunda a la derecha, ¿no?
—Eso es. Tu primera lección del día, y te la doy gratis: flexibilidad ante las circunstancias. Y un coche que se desplaza por Madrid no es un despacho, ¿verdad?
—Verdad.
—Patearse la calle no es como escribir a máquina, ¿verdad?
—No, señor.
—Pues dale y dejémonos de teologías.

El automóvil se detiene al final de la Gran Vía, antes de llegar a la plaza de España. Y no por gusto. En la plazoleta de Leganitos, atravesados en la calzada, varios vehículos de todo tipo cierran el paso, y una docena de guardias municipales intentan frenar a los curiosos, aunque muchos de ellos hacen caso omiso de la autoridad que representan cascos blancos y porras y atraviesan el cordón de seguridad para sumarse a la masa humana que se apela en las esquinas entre los uniformes verdes o azules de la Guardia Civil y las fuerzas de Asalto.

Lombardi se apea. En la acera, en torno a las mesas de la terraza de una cafetería, varios clientes contemplan el panorama; unos de pie, otros cómodamente sentados ante sus consumiciones, bajo el toldo, como si asistieran a una obra de teatro al aire libre. Se escuchan disparos sueltos de procedencia indefinida y el tableteo de varias ametralladoras cuyo eco llega con espeluznante sonoridad.

Desde allí se observa buena parte del acuartelamiento, un gran edificio levantado en la llamada Montaña del Príncipe Pío, donde las tropas de Napoleón fusilaron a los prisioneros tras el levantamiento del Dos de Mayo, suceso que Goya inmortalizó en uno de sus más afamados cuadros. Lo que entonces eran huertas y descampados hoy es un sólido inmueble de granito y ladrillo de más de setenta años de antigüedad que acoge en sus cuatro pisos a uno de los regimientos de infantería acantonados en la capital de la República, amén de otras dotaciones militares complementarias.

El inspector se suma a un grupito de tres hombres que, como valiente avanzadilla de espectadores, asisten boquiabiertos al espectáculo. Entre ellos, uno de los camareros, un cincuentón grueso que hace gala de su oficio con el paño al hombro, como en huelga temporal. Los otros dos son un joven despechugado y un vejete con bastón y boina castiza. La nueva ubicación ofrece un detalle estremecedor: sobre la explanada frente a la entrada principal del cuartel, territorio semiculto por unos jardines, se pueden adivinar varios cuerpos inmóviles sobre la tierra; desde la distancia, todos con apariencia de civiles.

—¿Ha habido víctimas? —se interesa ante los tertulianos.

—Naturaca —responde el vejete—. Los cabrones de ahí dentro sacaron bandera blanca, y un montón de locos se lanzaron hacia la puerta, creyendo que se la iban a abrir. Cuando estuvieron a tiro, los militares los ametrallaron a conciencia. Más de la mitad se quedaron ahí tirados.

—No les arriendo la ganancia a esos hijos de puta —remacha el camarero—. Esa sangre pide sangre.

Se escucha un cañonazo, un buuum que corta el aire, y en décimas de segundo la escalinata doble de la entrada principal se cubre con una cortina de humo y polvo. A medida que se dispersa la nube, puede apreciarse el efecto del impacto: medio acceso ha desaparecido parcialmente y su muro lateral presenta un enorme agujero de sorprendente perfección, como si se le hubiera

aplicado una gigantesca broca . Segundos después, otro disparo artillero, este más lejano, llegado desde algún punto de la calle Ferraz, hace lo propio con una de las fachadas.

Lombardi asiste espeluznado a lo que augura sangrienta batalla mientras se materializa un ronroneo, un zumbido de motores que se traduce al cabo en la silueta de un avión recortada en el limpio cielo sobre los tejados.

—Coño —murmura el viejo, rascándose el cogote en el límite de la gorra—, otra vez el avioncito de los cojones. Ahora les echaré flores, ya verás.

—¿Es de los golpistas? —se interesa el policía.

—No creo —puntualiza el camarero —. Ya pasó hace rato y soltó un montón de papeles encima del cuartel. Y digo yo que pocos chichones van a hacerles así.

—Sería propaganda del gobierno para que se rindan —apunta el joven con aire docto.

—Esos necesitan más que palabras para rendirse —sentencia el viejo—. Te lo digo yo.

Y más que palabras suelta el avión, porque dos explosiones sucesivas hacen retumbar el suelo y levantan humaredas en el interior del cuartel, probablemente en sus dos patios interiores . La intervención aérea provoca un unánime grito de aprobación entre los miles de civiles, algunos armados, que se protegen en las esquinas visibles o tras algún vehículo blindado, mientras las fuerzas de seguridad, apostadas en calles, ventanas y azoteas, disparan sobre el edificio rebelde. También se hace fuego desde la rampa rocosa que separa el acuartelamiento de la estación del Norte. El cerco parece cerrado.

Carmelo Gálvez se ha mantenido sentado sobre el capó del coche, observando los hechos con gesto frío, con cara de mármol. Repentinamente se incorpora, estira cuidadosamente los pantalones de su traje crudo y se quita el sombrero del mismo color para atusarse el ensortijado cabello negro; después, vuelve a calárselo, se ajusta las gafas y camina decidido hasta la barrera de uniformados municipales. Ante el gesto prohibitivo de uno de ellos, exhibe su carnet de la Criminal y las defensas se desmoronan. A paso decidido , se dirige hacia la plaza de España.

Lombardi, que inicialmente ha contemplado con asombro las evoluciones del bisoño policía, reacciona y corre tras sus pasos, con su carnet a modo de bandera rompehielos.

—¿Adónde vas, Gálvez? —le grita—. ¿Te has vuelto loco?

Gálvez no responde y él se ve obligado a acelerar la carrera hasta que consigue sujetarlo del brazo cuando ya han dejado atrás el monumento a Cervantes.

—¡Que te pares, coño! ¿Qué pretendes?

El agente frena por fin sus pasos y encara a su compañero.

—Sumarme a ellos —responde, muy firme—. A lo mejor usted puede contemplar tan campante cómo disparan contra el pueblo, pero yo no. Todas las armas vienen bien contra los facciosos —concluye, exhibiendo en su mano un revólver de bajo calibre.

—No es asunto tuyo, joder.

—¿Que no lo es, dice? Es asunto de todos. La inacción es cómplice de los enemigos de la República.

La frase suena sacada de un manual del buen mitinero, o de un editorial periodístico, pero el chico lleva razón.

—Y estoy de acuerdo —dice el inspector, templando gaitas —, pero con ese cacharro no te puedes enfrentar a las armas largas, joder. Antes de que llegues, te achicharran. Tu misión es otra.

—¿Otra? Se supone que me han mandado al escenario de un crimen, pero en cambio usted decide divertirse contemplando esta sangría. Si nos vamos a quedar aquí , prefiero estar abajo, con la gente que pelea. Y no de simple mirón.

Lombardi guardia silencio durante unos segundos y asume con templanza el rapapolvo

—Nos han mandado a ver a un pobre cadáver —dice por fin—. Y no se va nos a escapar. Tenía interés en saber cómo están las cosas por aquí, eso es todo. Interés como decidido republicano, ya que lo dices. Anda, vamos al coche; aunque me temo que, si tu interés es ver muertos, aquí vamos a tener unos cuantos dentro de poco.

Varios zumbidos recorren el aire, hay chasquidos en el adoquinado, motas de polvo y lascas de piedra que saltan a su alrededor. Están a descubierto y son fácil objetivo desde las ventanas más altas del cuartel, cuyos ocupantes disparan a todo lo que se mueve.

—Corre, Gálvez. Corre si no quieres ser un héroe muerto.

El coche gira en dirección a la calle del Río para tomar Bailén. Es un recorrido arriesgado, porque durante un tramo queda a tiro de las ametralladoras rebeldes emplazadas en la terraza del acuartelamiento. Gálvez, sin embargo, acelera decidido para buscar territorio seguro cuanto antes.

—¿Cómo se te ocurre llevar un veintidós? —le regaña Lombardi—. Es un arma casi de juguete

—Todavía no me han dado la oficial.

—Una Astra, supongo.

—Sí, una 300.

—Es la que usamos todos. Yo también tengo una Star como reserva. Por mi cuenta, claro.

Gálvez asiente con un leve cabeceo sin perder de vista el trayecto, las manos aferradas como garfios al volante.

—Segunda lección de hoy —agrega para soslayar el mutismo del agente—: No basta con tenerlos bien puestos. Hace falta un poco de materia gris, de cerebro ¿sabes?

—Me infravalora, inspector.

Lombardi suelta una carcajada antes de encender un cigarro.

—En absoluto —dice, lanzando el primer humo contra el hueco abierto de la ventanilla, porque cree recordar que su compañero no fuma—. Eres un tipo inteligente, pero tienes que aprender a elegir los momentos. No nos pagan para salir a pegar tiros a lo loco. Ni para suicidarnos.

—Nos pagan para ser leales a la República.

—Sí, entre otras cosas, como a todos los funcionarios.

El agente lanza un bufido.

—Pues no todos los funcionarios hacen honor a esa obligación —masculla—. Ahí tiene a esos militares. Y a otros muchos que, sin vestir uniforme, se frotan las manos de gusto por lo que está pasando. Más de uno en la Brigada.

—¿Eso crees? —replica él, sin ocultar su sorpresa—. ¿Por ejemplo?

—Se dice el pecado, pero no el pecador ... De momento.

Frente al Palacio Nacional, una patrulla de Asalto los obliga a detenerse. Hay ametralladoras instaladas en varios puntos estratégicos del edificio, atendidas por miembros de ese Cuerpo, y también en el patio y en la plaza de la República, más conocida por los madrileños por su ancestral nombre de plaza de Oriente. Las acreditaciones de la Criminal les franquean el paso sin problema.

—Oye, Gálvez —se interesa Lombardi cuando reanudan la marcha—, ¿tú militas en algún partido?

—En las Juventudes Socialistas.

—¿Unificadas?

—Claro —responde el joven con firmeza—, desde marzo no hay otras.

Efectivamente, es una pregunta absurda , o al menos mal formulada. Hace cuatro meses que las Juventudes Socialistas del PSOE y la Unión de Juventudes Comunistas del PCE son una sola cosa, las JSU.

—¿Y desde qué bando llegaste tú? Si no es indiscreción.

—Desde las juventudes comunistas, naturalmente.

El inspector asiente con un gesto y desplaza la mirada durante unos segundos por los lejanos paisajes que ofrece el viaducto sobre la calle Segovia. Solo después se anima a verbalizar la sospecha que lleva incrustada en la garganta.

—No me digas que te han colocado en la Criminal para que hagas de soplón.

—Me está insultando , inspector —advierde Gálvez sin desviar su atención de la calzada .

—No lo pretendía. Cambiemos entonces soplón por informador, que suena más profesional. ¿Es eso?

—Soy policía —replica el joven tras unos instantes de reflexión, quizá mordiéndose la lengua para no resultar agresivo.

—Claro, y yo también. Y para cualquier policía resulta más que extraño que un recién salido de la escuela aterrice sin más en la Criminal, donde solo se ingresa por selección. Gente curtida, ¿comprendes?

Gálvez se lo piensa unos segundos y suelta un profundo suspiro que no suena precisamente lastimero. Parece que empieza a perder la paciencia.

—Mi padre trabaja en Gobernación desde hace años —confiesa al fin , con un hilo de voz, como si le avergonzara lo que dice—. Y tengo un tío que es magistrado del Supremo. A su influencia debo estar en la Brigada, que era mi ilusión.

—Vaya, eso sí que son agarraderas. ¿También ellos son del partido?

—Para nada. Mi padre es de Unión Republicana, y mi tío ni eso. Nada les debo por ese lado. Mi única aspiración es ser un buen agente.

—Muy encomiable.

—Pero eso no me obliga a cerrar los ojos ante lo que sucede alrededor.

—Desde luego. Un agente con los ojos cerrados nunca llegará a nada —ironiza Lombardi.

—Me refería a ciertas cosas que suceden, que se dicen, que se piensan.

—No es ilegal opinar y pensar . Solo los actos y las amenazas verbales pueden llegar a serlo. Y de momento, que yo sepa, ningún compañero ha traspasado ese límite. No podemos exigir a todo el mundo que piense como nosotros.

—Claro que no. Usted mismo, inspector , piensa de forma distinta a la mía, pero eso no le convierte en traidor a la República.

—Vaya, hombre —sonríe el aludido—. Pues me alegro. Muy agradecido.

—Puede mofarse si quiere de mis palabras, pero eso no rebaja un ápice de verdad en lo que le digo.

—No es burla , Gálvez, es que me resulta conmovedor comprobar lo que la sangre fogosa de la juventud provoca en los cerebros. Y en cierto aspecto me recuerdas un poco a mí cuando tenía tus años. Aunque yo entré sin enchufes y tuve que trabajar duro desde abajo.

—Eso quiero yo también —replica el joven en tono cortante— Trabajar duro para que nadie me eche en cara mi forma de llegar a la Brigada.

Lombardi se estira sobre el asiento, da una profunda calada y, con un golpe del índice sobre el

pitillo , arroja un cilindro de ceniza al exterior.

—Mira —dice con calma, en un intento de restañar susceptibilidades—, no sé cómo se va a desarrollar todo esto, cómo van a ir las cosas de hoy en adelante, pero si aceptas otro consejo gratuito, intenta dedicarte a tus obligaciones profesionales y olvídate de conjuras. Ya hay quien se encarga de eso.

El agente no responde; se limita a girar el volante frente a la iglesia de San Francisco el Grande para tomar la calle Buenaventura. Poco más adelante, frena ante el edificio del seminario conciliar, donde varios uniformes de la Guardia de Asalto destacan entre un nutrido grupo de curiosos. Lombardi no puede reprimir una mueca de sorpresa. El seminario es uno de los centros eclesiásticos atacados el sábado anterior por grupos enfurecidos tras conocerse el levantamiento de los generales en Marruecos . En este caso no hubo que lamentar desgracias personales, pero tras quedar arrasadas parte de sus instalaciones, al parecer, el edificio había sido abandonado.

—¿El seminario? —dice al apearse, apagando la colilla con la suela—. Creí que lo habían desalojado.

—Pues ahí está el muerto, según el señor Ulloa.

La pareja se dirige hacia el lugar. Aún no se ha presentado el equipo de identificación ni, por supuesto, el juez de guardia. Los de Asalto llevan allí más de dos horas y, con el debido respeto, expresan su malestar por el retraso cuando Lombardi y Gálvez muestran sus acreditaciones.

— Es que cada vez viene más gente —alega un cabo—, y vamos a tener que empezar a repartir estopa para mantenerlos a raya.

—Todo anda un poco revuelto hoy, ya sabe —se excusa el inspector, dibujando un gesto con la mano para hacer notar el lejano rumor del combate que se libra a menos de dos kilómetros.

—Ya, ya —acepta aquel—. ¿Cómo están las cosas por allí?

—Calientes, pero en vías de arreglarse. ¿Dónde está el cadáver?

El cabo se abre camino entre los curiosos y los acompaña hasta el portón de entrada del edificio, donde los deja a solas. Desde antes de llegar, ya se distingue un cuerpo en el suelo, vestido de azul.

Con cuidado para no pisar posibles pruebas, Lombardi se acerca al cadáver. Es un chico muy joven, y está cubierto con un mono similar al que utilizan las milicias populares, pero sin distintivos partidistas ni correajes.

—¿Crees que pueda ser un miliciano? —pregunta a su compañero.

Pero Gálvez no contesta. No puede. El agente se ha retirado unos metros del escenario y vomita profusamente con sonoras arcadas que contraen su rostro hasta convertirlo en una máscara pálida. No es para menos, porque el espectáculo es espantoso, incluso para quien, como el inspector, ha visto casi de todo a lo largo de doce años de carrera.

El calor empieza a ser molesto, y un enjambre de moscas zumba en torno al cuerpo o se reúne en asamblea en la garganta, segada por un poderoso tajo, o sobre el charco de sangre seca que rodea la cabeza a modo de aura siniestra. También las hay que prefieren solazarse en las pequeñas incisiones del rostro y los hilillos que manaron de ellas antes de que llegara la muerte. Pero el lugar preferido de los insectos se encuentra un poco más abajo, en la entrepierna. Allí, el mono aparece rasgado y una grosera matadura sustituye a lo que horas antes fueron atributos masculinos.

El lugar apesta, porque la víctima se hizo sus necesidades antes de morir, lo que hace suponer que fue sometida a tortura o interrogatorio como preámbulo al inhumano desenlace. Lombardi se desentiende de Gálvez, que se mantiene al margen, ahora en cuclillas, apoyado contra el muro

como un boxeador sonado que quisiera recuperar fuerzas. Avanza unos pasos en dirección contraria al agente, para enfrentarse a un elemento que le ha llamado la atención.

Lo que inicialmente se le había antojado desde la distancia un gorrión caído del nido es en realidad el paquete genital de la víctima, arrojado al suelo con desprecio, como basura inservible. O tal vez no tan inservible, porque los autores de la macabra carnicería lo han usado para adornar el muro de ladrillo con sangre del pobre muchacho. Hasta siete brochazos cuenta Lombardi, siete marcas informes repartidas en la fachada sin aparente sentido.

Un crimen de crueldad inconcebible que le provoca un peculiar hormigueo en la espalda, esa señal que tan bien conoce y que se le despierta ante situaciones decisivas. Porque, al margen del horror que representa y de los interrogantes que suscita, tiene la extraña convicción de que ese cadáver va a cambiar el rumbo de su vida.

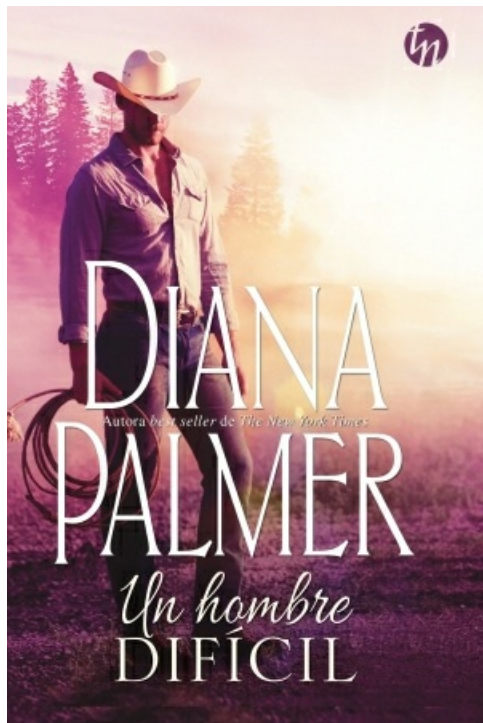
Nota del autor

El precedente relato, concebido como precuela de *Tiempo de siega*, la novela donde vio la luz Carlos Lombardi, fue escrito en la primera quincena de abril de 2020, durante la cuarentena decretada por el gobierno para frenar la pandemia del Covid-19.

Quiero agradecer a Luis M. Pagni, director general de HarperCollins Ibérica, la sugerencia de abordar esta iniciativa como modesta contribución personal, como señal de que el mundo editoria sigue palpitando bajo la corteza de una crisis que afecta tanto a escritores como a multitud de empresas vinculadas al sector cultural. Gracias también a Elena García-Aranda, mi editora, por la acogida del manuscrito, y a Alicia Alonso, mi compañera de vida y encierro, primera lectora del mismo.

Y, sobre todo, gracias a tanta gente que en momentos tan dramáticos arriesga su propia vida para cuidar la de sus conciudadanos. A todos ellos están dedicadas estas páginas.

Finalmente, se hace obligado reseñar que el título elegido es casi traducción literal de la canción *Eve of destruction*, un alegato antibélico de P. G. Sloan interpretado por Barry McGuire y editado en 1965. Un año después, el grupo valenciano Los Huracanes lanzó su particular versión del tema en castellano bajo el título de *Días sin mañana*.



Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".

The Romance Reader

"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".

Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Atracción legal

Childs, Lisa

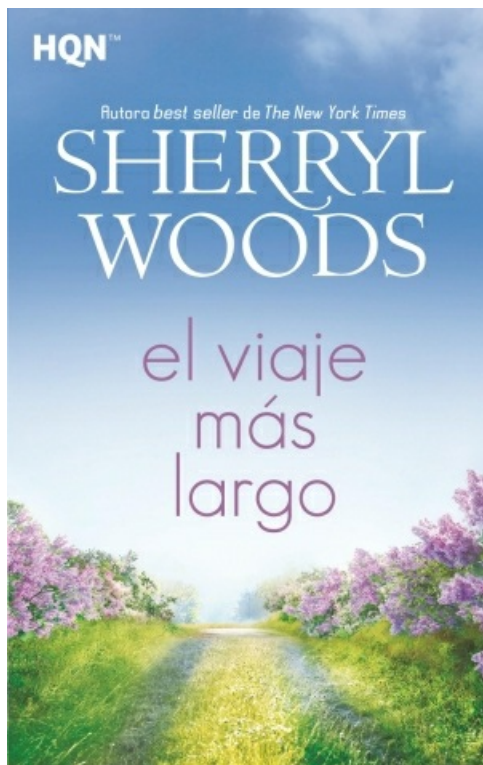
9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Deseo mediterráneo

Lee, Miranda
9788413074993
160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)